

Margo como punto de partida

Rosa Beltrán

A medio siglo de la creación de punto de partida, Rosa Beltrán evoca su relación con esta publicación universitaria y su fundadora, Margo Glantz, cuya lucha descomunal por animar a los estudiantes a involucrarse con la revista ha dado frutos memorables.

Conocí a Margo Glantz de modo oblicuo y hoy que lo vengo a ver, misterioso. Llegué a su vida o ella llegó a la mía hace no tanto, desde cierto punto de vista, y hace mucho en cambio, desde otro. Dice un antiguo *kōan* que el maestro llega cuando el alumno está preparado. Dice también que el único conocimiento real se da cuando se desconoce el territorio por el que se avanza. Tuve mi primer contacto con Margo mucho antes de conocerla a través de su libro *Las genealogías*, en la edición de Martín Casillas. Sabía ya que era profesora de la UNAM, que junto con Octavio Paz, Antonio Alatorre y José Pascual Buxó era una de las más grandes estudiosas de la obra de sor Juana y además especialista en literatura inglesa y mexicana del siglo XIX. También la conocía como el hada madrina que bautizó a la nueva generación de autores a partir de José Agustín, los autores de la *onda*, y sabía que fue pionera en estudiar su obra cuando muchos escritores consagrados los calificaban de fantoches. Margo vio desde el principio (como Salvador Novo) el valor literario y el trabajo magistral con el lenguaje de la obra de José Agustín. No era, no es poca cosa, en un país donde la literatura que ingresa al canon debe ser hierática y estar vestida con frac. Margo supo captar el nuevo temple de aquellos autores que se alejaban de los temas y formas de sus antecesores y escribió una exégesis de esa otra forma de decir que hoy es un clásico.

Poco después y siempre sin conocer a Margo, aunque estuviera conociéndola, leí su magnífico ensayo:

La Malinche, sus padres y sus hijos y sus distintos ensayos sobre la novela del XIX, sobre todo los que giran en torno a la obra de Mariano Azuela y de Manuel Payno. Hubo otro momento en que seguí conociendo a Margo y esta vez sin saber siquiera que lo hacía, cuando, siendo estudiante en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, consulté la *Guía de forasteros* sin sospechar que esa compilación de textos misceláneos del tiempo de la Independencia era otro producto de su imaginación creativa. El tiempo de nuestras lecturas tiende a comprimirse de tal forma que me veo en esos años como si la experiencia y la emoción ocurrieran hoy mismo.

Eran los años ochenta, la década de los logos, del inicio de las marcas como una impronta de la personalidad, pero eran también los años contra el neoliberalismo a lo Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir y Albert Camus. Estudiaba literatura y tomaba cursos de filosofía en la UNAM. Una noche escribí de un tirón un cuento que titulé “Monadelfos”. A instancias de Huberto Batis lo mandé al concurso de la revista *punto de partida*; gané una mención honorífica y la publicación de esa historia de madre e hija a medias entre el amor y el sadismo. La publicación de mi relato y la invitación de Batis a publicar en “Sábado” de *unomásuno* fueron mis botas de siete leguas. No sabía quién había fundado la revista así que no sería sino hasta muchos años después que descubrí que Margo me había dado también de algún modo esos zapa-

tos mágicos. Cuando publiqué aquel cuento, Eugenia Revueltas dirigía la revista que hoy está a cargo de Carmina Estrada y con ella y con Luis Paniagua vive uno de sus mejores momentos. Pero Margo fundó *punto de partida* en noviembre-diciembre de 1966 de modo que hace unos meses, en 2016, cumplió 50 años. Es la revista literaria más antigua en nuestro país y aunque ha tenido vaivenes en sus distintas épocas hoy atraviesa por un momento privilegiado y su razón de ser sigue siendo la misma: “Ser la revista literaria para y de los estudiantes universitarios”. La piedra de toque, las llaves del reino, el espejo de Alicia que lleva al primer joven que lo cruza a esa vida paralela que es la creación de la cual no hay regreso.

En sus inicios, dependía de la Dirección General de Difusión Cultural y aparecía bimestralmente. Costaba dos pesos y los manuscritos debían ser entregados a la profesora Margo Glantz en la Torre de Humanidades II, segundo piso, cubículo 3. No pretendía ser sólo una revista estudiantil o una revista para jóvenes. Su intención era inmediata y estaba implícita en el nombre:

abrirse al nuevo camino de expresión y de comunicación para los estudiantes... Expresión de problemáticas diversas que preocupan a los estudiantes de las distintas facultades; expresión que puede abarcar todos los géneros: cuento, obra de teatro, poesía o el ensayo hasta

la encuesta o la expresión científica, pasando por fotografía, dibujo y caricatura.

Todo se parece a su dueño. La revista apenas fundada era ya, como su flamante directora, multifacética y multidisciplinaria; tenía una expresión multivalente y sin embargo única. Un solo criterio imperaba al seleccionar el material y éste era y sigue siendo el rigor de su calidad crítica y creativa.

Desde sus primeros números se observa una exigencia literaria sorprendente en jóvenes que tenían diecinueve, veinte años y que hoy son grandes escritores. Como la lista es inabarcable cito sólo algunos de los que transitaron por sus primeros números: Juan José Arreola, Marco Antonio Campos, Mónica Mansour, Jorge Arturo Ojeda, Orlando Ortiz, David Huerta, Elsa Cross, Nedda Anhalt, Luis de Tavira, Jaime Goded, José Luis Ibáñez, Javier Sicilia y luego aparecerían otras generaciones: Roberto Bolaño, Juan Villoro, Tomás Granados Salinas, Álvaro Uribe, y en la época combativa, porque a *punto de Partida* le tocó vivir el 68 y pronunciarse, Luis González de Alba, José Joaquín Blanco y muchos más nombres de quienes en su poesía, en su narrativa o el discurso gráfico atisbaban ya la atmósfera de opresión y la disidencia.

La revista *punto de partida* ha sido un termómetro de los distintos estados de ánimo de la cultura y esto



Margo Glantz, 1985

no se ha registrado. Tampoco se habla de la acción conjunta de aquel grupo de muy pocos que inició el trabajo que como bola de nieve fue creciendo e incorporando todo a su paso. Porque eran muy pocos, al principio, y esto puede verse en las múltiples tareas firmadas por los mismos nombres: Jaime Goded, estudiante de segundo año de Ciencias Políticas, dirigía la sección de poesía al tiempo que publicaba textos de varia invención y dibujos de una línea. Mónica Mansour hacía crítica literaria, trabajo de edición, reunía artículos de otros autores y traducía. Margo iba de facultad en facultad solicitando textos. Se percibe este descomunal esfuerzo en los bocadillos que inserta “la redacción” en varios números. En el 3 dice:

Llamado a todos los estudiantes de la UNAM:

Como se verá, en el presente número se repiten colaboraciones de las mismas personas en diferentes secciones; reconocemos que esto no es lo más propio para ninguna revista, pero mientras los estudiantes que tengan interés en colaborar sean los mismos no se podrá hacer otra cosa.

Con esta nota queremos hacer un llamado a todos los estudiantes de la UNAM para que colaboren en cualquiera de las secciones que se presentan.

Otra entrada, páginas adelante, dice:

Estas páginas, vacías, esperan también la colaboración de aquellos estudiantes que se ocupen de cine y teatro, aunque sólo fueran los del Centro de Estudios Cinematográficos, Centro de Teatro Universitario y el Departamento de Arte Dramático.

Y otra más:

Actualmente la UNAM cuenta con 94,000 estudiantes. En este número, *punto de partida* no contó con ninguno de los 94,000 estudiantes de la UNAM para hablar de cine/teatro/bibliografía.

Una cualidad notable es que sus colaboradores venían de la Facultad de Ciencias, de Biología, de Ciencias Políticas, de la Academia de San Carlos (¡para contribuir con cuentos!), de Arquitectura y Economía (con dos poemas). La pregunta obligada es si hoy escriben literatura en Ingeniería, en Medicina nuclear, en Geografía, en la Facultad de Ciencias o en Biología y Ciencias Políticas.

La revista *punto de partida* fue pionera en la crítica de cine y contó con una amplia y nada concesiva sección de reseñas de libros, una especie hoy prácticamente en extinción.



Número 203 de *punto de partida*, mayo-junio de 2017

Una crítica curiosa aparecida en los primeros números fue la de un joven que se preguntaba “Qué significan los Beatles”, en la que afirmaba

estos cuatro jóvenes son un símbolo de nuestros tiempos. Se cree que es porque su música es reflejo de la juventud, rebelión contra todas las normas establecidas, símbolo de juventud [por su] pelo largo, forma de vestir, pero... llevan ya tres años ocupando el primer lugar y es aquí donde surge el problema. Siendo los admiradores de los Beatles adolescentes, ¿qué será de los Beatles cuando sean adultos? En un año o dos lo serán.

Su pronóstico era que si los agentes no ocultaban las fotos donde se vieran retratados con sus respectivas esposas y sus hijos morirían al ser adultos.

Los recientes festejos en el cincuentenario de la aparición del disco *Sergeant Pepper's Lonely Hearts Club Band* hablan de cuánto se equivocó el joven crítico. En lo que no se equivocó fue en captar el espíritu de la época: según se creía, todo lo que tuviera más de treinta años estaba destinado a morir.

Un estudio de *punto de partida* a 50 años de fundada revelaría cuánto han cambiado las expectativas de lectura de una época; cuáles permanecen y cómo se ha trazado el territorio de lo que década tras década se llama “la joven literatura”. Por lo pronto, su vigencia demuestra la visión que tuvo su fundadora, Margo Glantz, joven eterna. **U**